REPORTAJES A LA REALIDAD

los elegidos

HUGO ALFARO

Walter Eduardo Medina

El domingo 8 de julio, a las diez y media de la noche, Walter Medina, de 16 años, salió de su casa de la calle Teniente Rinaldi casi Cuchilla Grande. "Vuelvo en unos diez minutos", dijo a sus padres. Había estado jugueteando un rato antes con Alicia, su hermana de doce. Le revolvía la cabellera, le decía cosas, reían juntos; él la mimaba así. Rinaldi es casi una boca de lobos, de noche. Walter se internó un par de cuadras y a la altura de Campamento escribió en un muro, con grandes trazos: CONSULTA POPULAR. Recibió entonces tres balazos y cayó muerto. Tras la instrucción del sumario, el juez de 2º turno doctor Walter Moliga dispuso el procesamiento de José Ricardo Cisneros, cabo de la Guardia Republicana que efectuó los disparos.

Curiosa sensación, cuando llego días después, también de noche, a la humilde vivienda de los Medina. Afuera soledad, tinieblas, barro; aquello es un páramo. Adentro, en cambio, me envuelve enseguida una ola de calor. Calor humano, porque calefacción no había. El ambiente es chico, tiene buena luz, y las ocho o diez personas que casi lo colmamos también lo caldeamos. No son sólo calorías térmicas. De un vistazo percibo la fuerza radiante de la vida familiar. Aquella sólida mesa cuadrada debe ser la de las comidas, la de las sobremesas, la de los deberes liceales, la de las tertulias nocturnas en que despunta, tras el duro trajín cotidiano, la confianza en la lucha. Es notable que aún hoy, en horas de dolor, resplandezca, serena, esa confianza. Es notable pero no es extraño. El de los Medina es un hogar proletario. El padre, vendedor de diarios, es viejo afiliado al Partido Comunista; el hijo había ingresado a los trece años en la UJC y a los quince en el Partido Socialista. Todos saben allí, hasta la hija menor y el otro hermano, de quince, y desde luego la madre esclarecida, por qué se vive como se vive y por qué, a veces, se muere como se muere. Lo van diciendo entre todos, en la charla informal.

* * *

Tenía 16 años. Y hace once que vivimos acá. Somos de Bulevar y General Flores, donde yo tengo el reparto de diarios; nos casamos y ahí nació Eduardo (es como le llamamos, por ser también Walter el nombre del padre). Era un chico muy estudioso, con mucha inquietud. Estaba en 3º de liceo, iba al nocturno. A mí me ayudaba en el reparto de diarios. Y siempre estudiando. Hay que ver su biblioteca y lo ordenado que tenía todo. Se había hecho una piecita al fondo, con maderas, cartón y latas, y allí estudiaba y escribía. Se hacía horarios para cumplir con todo, y más o menos los cumplía. Tenía una curiosidad sin límites. Hizo teatro en el sótano del seccional 22 del Partido Comunista, a los 14 años, y después en los comités de base del Frente Amplio. Escribió poesías, cuentos, canciones de protesta. Le gustaba sicología y sociología. Bah, le gustaba todo. Estudió guitarra, estudió inglés. Llevaba un diario de su vida, que empezó a los nueve años. Y usted siempre verá en el diario que su obsesión era estudiar, prepararse. Prepararse para luchar. Una vez escribió (lo tengo por aquí): "Debemos prepararnos. Nos esperan arduas luchas estudiantiles. Debemos hacer valer el pensamiento de Martí: «Ser cultos para ser libres». Nuestra consigna es: luchar y estudiar, estudiar y luchar." Y mire esto otro: "Opino como Franz Fanon: «Hay que inventar, hay que descubrir»". Quería conocer, viajar. Cuando veía que andábamos un poco cortos de plata, se iba al interior a vender artículos para el hogar, pero lo que buscaba también era conocer gente y lugares, conocer el país. Se había hecho amistades epistolares con muchachos de casi toda América, publicando en revistas pedidos para que se le escribiera. Este año, en febrero, hizo un viaje a las cataratas del Iguazú. A lo mochilero, casi sin un peso. A nosotros nos preocupaba, porque viajar así, solo, casi un niño, sin conocidos y sin recursos... Pero él hacía los amigos en el camino, dando y recibiendo ayuda. Quería estar en la Argentina para las elecciones del 11 de marzo; pero no en Buenos Aires, sino en las provincias del norte. Y anduvo por Jujuy, Tucumán, Misiones, Salta, Santa Fe. Todavía llegan cartas de amigos recientes, hechos en el viaje. Ellos no saben nada de su muerte, y ahora esas cartas las están contestando los compañeros de Eduardo.

Yo tengo un reparto de diarios que no es muy grande, y tengo la patente de la libreta de quiniela, que eso también me ayuda algo. Y como ahora nada alcanza, lustro muebles que es el oficio que aprendí. Tenía el vicio del cigarro. ¿Sabe lo que hice? Lo dejé hace seis años. No porque me hiciera mal (que bien tampoco), pero le daba mal ejemplo a los hijos. Entonces, ¿a qué? Y eso Eduardo lo comprendió. Y como el hermanito tiene una válvula obstruida, él recortaba todo lo que veía en diarios y revistas sobre lo malo de fumar y se lo mostraba al hermano. Éste tiene facilidad para el dibujo, Alicia para la música. Todos estudian. A la medida, tratamos de que tengan lo que yo no pude tener. Que no les tocara tantas horas de trabajo en la vida. Y mire, Eduardo salió por diez minutos y no volvió.

Aquí somos progresistas. Sabemos que todo, los pocos beneficios que vamos obteniendo, es por la lucha. Y seguiremos luchando hasta conquistarlo, ¿verdad? La igualdad, la justicia y, ante todo, la paz. Aunque tengamos que luchar para conquistar la paz. Nunca usamos armas, y él menos. Él estaba en contra del arma, como estamos nosotros. Creemos que la razón nos da fuerza para todo. Por eso Eduardo fue solo esa noche, y por eso escribió CONSULTA POPULAR. Podía haber escrito una palabra grosera. Pero la militancia de Eduardo no era insultar, era convencer. Aunque yo lo sabía responsable, siempre le pedía que tuviera cuidado. Y le relataba la época de mis pegatinas, cuando conservábamos la serenidad hasta el momento justo en que había que rajar. Pero cuidando de los tarros de engrudo, los pinceles y los rollos con murales tanto como de nosotros mismos. Y el pobrecito me decía sonriendo: "No pasa nada..." Siempre nos decía para tranquilizarnos, sobre todo a la madre: "No pasa nada, no pasa nada..."

A pesar de todo lo que nos pasó, seguiremos como el primer día. Nos tocó muy caro pagar la lucha, pero la vamos a seguir. Tampoco Eduardo se paró. Y a él ya lo venían persiguiendo, y hasta lo habían golpeado feo en la cabeza hace un tiempo unos tipos. Lo amenazaban para que no militara y él siguió. Hasta que lo mataron. Fue la empresa fúnebre la que nos avisó. Así tuvimos, de repente, la primera noticia. Y no nos dejaron verlo. Lo vimos recién en la cochería, cuando lo fuimos a velar ¿Usted cree que hay padres que olvidan eso?

Ramón Peré Bardier

La imagen suya que hoy tengo, inmovilizada por la muerte, es la de alguien que está corriendo sin cesar desde 1944 en que nació (en las proximidades de la playa de la Agraciada, departamento de Soriano), y no paró hasta el pasado 6 de julio, cuando un balazo lo dejó tendido en el cruce de las calles Rivera y Bustamante. Siempre debió correr Peré. Por ganar el sustento, por culminar los estudios, por conservar el trabajo y hasta por no perder la vida misma. Siendo chico —ya la familia en Carmelo—, no pasaba el armonioso grupito de hermanos frente a la tienda de don Manuel sin que hiciera sonar ruidosamente la cortina del negocio, baja a la hora de la siesta. Todos disparaban a tiempo cuando aparecía, iracundo, el buen tendero; pero era siempre Ramón ("Tembleque", le decían) el que se ligaba los improperios y hasta algún sopapo. Porque le costaba correr y quedaba irremediablemente rezagado. Pero el mal de Parkinson que lo aquejó desde chico y que ahora mismo planeaba sobre su vida, amenazándola en un plazo más o menos corto (en su grandeza de alma, calló Ramón a su mujer esta amenaza, y sólo la confió a pocos amigos), ese mal que era la primera noticia que de él tenía todo desconocido que se le acercara, ese mal a cuyo conjuro temblaban los libros y amenazaban volcarse los vasos de agua que tuviera en sus manos, ese mal no llegó a condicionar la vida de Ramón Peré. Él fue un vencedor de su propio Parkinson. Se tomaba una mano con otra para poder escribir, si era necesario; pero escribía. Y en la Facultad de Veterinaria, donde pasó gran parte de su vida, sostenía los tubos de ensayo, manejaba el microscopio y hasta realizaba autopsias, como una afirmación —modesta, silenciosa, sonriente, así era él— de la vida.

Luego de su estada en Carmelo, la familia se mudó a Paso de los Toros, y de aquí trasladose a Durazno, donde Peré hizo los preparatorios de Veterinaria. Se vino entonces a Montevideo a continuar la carrera, con la condición de encontrar simplemente trabajo. No lo encontró y tuvo que volver a Durazno. Allá ganó una beca y, entonces sí, pudo trasladarse a la capital y entrar en facultad. Como la beca era por un año, se preparó para concursar en química como docente de Secundaria y ganó el concurso. Empezaron entonces —ya casado y con dos pequeños hijos— las carreras bisemanales a Tarariras. Se levantaba a las 4 de la mañana, para irse a las 5, y regresaba a las 7, ya entrada la noche. Los días en que no había Tarariras había facultad: de 8 de la mañana a 9 de la noche, entre docencia, trabajo y estudio. Entonces era, dichosamente, al fin de la jornada, correr para su casa, al encuentro de su mujer y sus hijos. Cubría a Nancy (4 años) y a Andrés (2) —me dice Alicia Jaime, la mujer de Peré, desgajada de una realidad a otra que no acaba de entender—, cubría a sus hijos, me dice, cuando llegaba, con un cariño y una presencia paternal que ahora no sé cómo ni con qué llenar. Y eso que soy maestra y algo entiendo de niños, reflexiona pensativamente como para sí misma.

Peré sigue corriendo. Corre por sí y corre por todos. Por su madre viuda desde hace nueve años, por una cuñada y sus hijos cuyo marido —su hermano— tuvo que irse del país, por su suegro enfermo, por una hermana sola y, desde luego, por los suyos. Un día se presenta Peré en una librería de Carmelo a pedir a sus amigos libros en consignación; y hace dos veranos consiguió un quiosquito en la playa para vender —su mujer y él— Coca-cola y refuerzos. Trabaja en la Imprenta Nacional, trabaja de albañil, y no hace mucho tiempo había partido por unos meses al interior, con una cuadrilla de jornaleros, a hacer reparaciones de albañilería en establecimientos de campo. El mismo hombre, de regreso, era invitado por el consejo de la facultad para integrar tribunales de exámenes, no obstante no estar recibido y con la sola base de sus méritos. Pregúntese por él a sus alumnos del liceo de Tarariras; lo respetaban y lo querían como a un compañero más. Porque Peré abolía en el trato las barreras de autoridad que suele levantar la sola condición de profesor. Quizás, por otra parte, no supieran de memoria los muchachos aquellos pizarrones tapados de fórmulas que fueron nuestra propia pesadilla en los años liceales, pero cedían en cambio, picaneados suavemente por Peré, al interés de las experiencias vivas de laboratorio (¡los pobres laboratorios de los pueblos del interior del país!) y aprendían química con el gusto del azufre en los dedos.

Este hombre amenazado por dos muertes —una que conocía y esperaba, y otra que lo sorprendió en la calle—, este hombre de 29 años que se quemaba diariamente en las preocupaciones apremiantes del hogar y el trabajo, fue además, o sobre todo, un militante ejemplar. De ascendencia blanca, y él mismo nacionalista hasta la adolescencia, el contacto en Montevideo con otros estímulos y otros horizontes le hizo dejar el partido tradicional y abrazar el comunismo. Fue durante varios años miembro de la Juventud y ahora se había afiliado al partido. ¿Pero cómo y a qué horas podía Peré hacer militancia? A toda hora, sin violentar por eso la íntima libertad de los demás a tener sus ideas. Él ayudó a despertar el espíritu gremial en Veterinaria, y fue delegado estudiantil ante el claustro universitario. En Secundaria marcó a muchos docentes el camino de la lucha, y cuando la huelga del 69, no vaciló en plegarse y promoverla, perdiendo todo lo que le había sido tan duro conquistar. Después hubo tratativas y arreglo; pero... "después". El conflicto, mientras tanto, se había extendido a lo largo de ocho o nueve meses.

Cuando Nancy le pregunta ahora a su mamá, dando repentinamente la espalda a sus juegos, si su padre va a tardar, uno piensa que Ramón Peré ya llegó y que sus hijos van a encontrarlo, puntual, cuando sean mayores y comprendan el sentido de su anhelante carrera.